

Personajes:

Alejandro: 39 años.

Sofía: 17 años.

Sofía se encuentra dormitando en el sillón de la sala, cubierta con una frazada, cuando tocan la puerta. Al principio trata de ignorar los golpes, pero al paso de los segundos solo se vuelven más insistentes. Ella se queja, rezonga, se estira, se toma su tiempo y, finalmente, se levanta y se dirige a la puerta.

Sofía: ¿Quién es?

Alejandro: ...

Sofía: ¡¿Que quién es?!

Alejandro: Me llamo Ale, ¿Está Celeste?

Sofía: (abre la puerta) No, ¿Qué necesitás con ella?

Alejandro: Soy un amigo de Cele. Hace tiempo que no nos vemos y, como me vine acá a Buenos Aires quería pasar a visitarla, aunque sea un ratito... Incluso le mandé mensajes preguntando si no era molestia que yo viniera, pero hace de ayer que no le llegan.

Sofía: Desde hace dos semanas no le llegan los mensajes.

Alejandro: ¿Por qué? ¿Tuvo algún problema con el celular?

Sofía: (de manera cortante y desinteresada) No, no es eso. Ella no está, así que...

Alejandro: (interrumpe) La puedo esperar.

Sofía: Es complicado.

Alejandro: ¿Qué cosa?

Sofía: ...

Alejandro: (preocupado) ¿Qué?

Sofía: Bueno, pasá si querés.

Ale intenta saludarla con un beso en la mejilla, pero Sofí le quita la cara en lo que se puede considerar un impulso. Al ver cómo Ale se extraña, se retracta y se acerca ella para saludarlo.

Sofía: Sentate. ¿Querés agua, café, algo...?

Alejandro: No, estoy bien.

Se acomodan los dos en el sillón: ella con una postura relajada y natural, él un poco más formal. Se genera un silencio incómodo que Sofía no soporta, así que intenta romper el hielo.

Sofía: ¿Desde cuándo sos amigo de mi mamá?

Alejandro: Desde la secundaria. También en la facultad, estudiamos la misma carrera.

Sofía: (de a poco empieza a sentir intriga) ¿Y cómo se conocieron?

Alejandro: Ella eligió el banco que estaba frente mío y, como me parecía alguien interesante, buscaba excusas para hablarle: que me olvidé la lapicera, que se me terminaron las hojas, que no anoté la tarea.

Sofía: Muy buena estrategia.

Alejandro: Entonces una mañana me preguntó si quería pasar con ella el recreo. Me puse feliz, estuve dos meses esperando que ese momento llegara.

Sofía: ¿Te preguntó así de la nada?

Alejandro: ¿No la conoces a tu vieja?

Sofía: Sí, tenés razón... ¿Y por qué se distanciaron?

Alejandro: Porque yo me quedé en Santa Fe y ella se mudó acá a Buenos Aires. Vine algunas veces cuando vos eras chica, pero seguro no te acordás.

Sofía: No mucho, pero creo que ella me habló de vos hace poco.

Alejandro: (se inclina hacia ella, expectante) ¿Qué te dijo?

Sofía: Me contó varias anécdotas de la escuela.

Alejandro: (divertido) Tiene muchas para contar, nunca te aburrís siendo amigo de ella.

Sofía: (tiene la mirada perdida, le cuesta verlo directamente. Por ahí lo mira a la frente, pero hasta que va entrando en confianza, sus ojos generalmente giran por todos lados) Sí, tiene bastantes.

Alejandro: Sofí, ¿Te contó sobre la vez que casi nos echan de la escuela por escaparnos desde la ventana del segundo piso?

Sofía: Sí, ¿Te acordás de mi nombre?

Alejandro: Y sí, ¿Cómo voy a olvidarlo si yo ayudé a elegirlo?

Sofía: ¿En serio?

Alejandro: Sí. Yo sé que parece un nombre aburrido y básico, pero a mí me encantaba en ese momento.

Sofía: (sonríe, por primera vez se miran fijo a los ojos) No sabía eso.

Alejandro: Creo que yo fui uno de los primeros en enterarme del embarazo, nos teníamos mucha confianza. Vino corriendo a las tres de la mañana hasta mi casa para decirme. Era una noticia muy importante para contar por teléfono.

Sofía: (Ale empieza a capturar toda su atención) Qué lastima que se hayan distanciado. Mi mamá no tiene muchos amigos. Nunca tuvo muchos, ¿no?

Alejandro: (con una mezcla de nostalgia e impotencia) Lo que pasaba era que la gente no la entendía. No entendían esa manera que ella tenía de vivir, de relacionarse, de hablar...En secundaria solo éramos nosotros dos; después tuvimos un grupito en la facultad, pero yo

siempre sentí que solo éramos nosotros. ¿Y ahora cómo está Cele con ese tema?

Sofía: (suspira, se endereza) Últimamente, mal. Yo tengo la sensación de que con ella no hay punto medio: o la amas o no querés saber nada de ella.

Alejandro: Yo también tuve siempre esa sensación, y yo la amaba. Era auténtica, era demasiado única, parecía un personaje sacado de película. Por eso la gente por ahí no se animaba a acercarse, a conocerla...

Sofía: (algo enojada con ella misma) Yo no saqué eso de ella. Yo soy más simple, más insegura, más miedosa. Siento que mi vida sería completamente distinta si fuésemos idénticas. Es que ella ocupa mucho espacio... No porque lo quiera, sino porque todos la miran como si fuese irrepetible, y yo quedo a un costado (se sorprende por todo lo que dijo en voz alta y se nota un indicio de arrepentimiento y, a la vez, ganas de seguir hablando).

Alejandro: (la toma ligeramente del mentón) No hablés así... Yo creo que te parecés a Cele más de lo que pensás. Tenés sus mismos ojos, por ejemplo.

Sofía: Lastimosamente. A mí me gustaría tener ojos claros, como los tuyos.

Alejandro: (la suelta) La gente les da más valor del que se merecen. Yo aprecio demasiado ese color, como de café puro, tan oscuro que no se alcanzan a distinguir las pupilas. Son preciosos.

Sofía: (no sabe bien cómo responder porque comprende que ese halago fue más para su madre que para ella) Gracias, que tierno... (pausa) ¿Ya comiste? ¿Querés algo?

Alejandro: No te preocupés, estoy bien. Solo me gustaría saber dónde está Cele o cuándo llega.

Sofía: Ale, mi mamá no está bien ahora.

Alejandro: ¿Qué le pasa?

Sofía: (se queda unos segundos tratando de inventar una excusa, pero decide decirle la verdad, aunque eso probablemente tenga consecuencias) Está internada.

Alejandro: (se preocupa, sus expresiones se vuelven más serias) ¿Qué le paso?

Sofía: Que está internada.

Alejandro: (se levanta angustiado) ¡Ya sé, pero qué le pasó!

Sofía: ¡A mí no me grites! ¡Si ella te preocupara tanto, entonces la hubieses visitado más seguido!

Alejandro: ¡Ya te dije que vivo en Santa Fe!

Sofía: ¡¿Y?! Esa no es excusa, ¿Para qué están los autos, los colectivos...?

Alejandro: (se nota el miedo y la desesperación en sus gestos) Te estoy preguntando qué le pasó, Sofía, ¡¿Tanto te cuesta responder esa pregunta?!

Sofía: ¡Si me vas a hablar así, ándate mejor! ¡¿Quién te pensás que sos para llegar de la nada y exigirme que te cuente este tipo de cosas?!

Alejandro: El carácter sí lo sacaste de ella.

Silencio. Vuelven a sentarse.

Sofía: (abrazo a un almohadón) Tuvo un accidente. Estaba distraída y cruzó la calle cinco segundos antes de que el semáforo cambiara a rojo.

Alejandro: ¿Está en coma?

Sofía: Sí. Pero igualmente dicen los médicos que va a estar bien, no fue tan grave.

Alejandro: ¡¿Cómo vas a decir que no es grave?!

Sofía: ¡Obvio que es grave, pero pudo haber sido peor!

Silencio.

Alejandro: (su expresión se torna un poco triste) No sé que voy a hacer si a ella le pasa algo.

Él le toma las manos. Ella se cruza de brazos para rechazar ese gesto.

Sofía: Va a estar bien, ¿Sí?

Alejandro: Creo que mejor me voy. (Se levanta, ella lo toma de la muñeca)

Sofía: No, vení, sentaté. ¡Te prometo que va a estar bien!

Alejandro: Bueno (tira la cabeza hacia atrás, como si estuviera muy cansado).... Perdón por gritarte.

Sofía: Perdón por como te respondí.

Alejandro: Realmente no sé qué voy a hacer si no la vuelvo a ver. Es que no podría aceptar que ese el último abrazo que nos dimos va a ser el último.

Sofía: Tranquilo...

Alejandro: Ella era perfecta. Pero no perfecta de "perfecta", porque nadie lo es, pero perfecta a su manera. Más allá de su carácter, ella era muy sensible, la consolé tantas veces...

Sofía: ¡Alejandro, dejá de hablar en pasado!

Alejandro: Hablo en pasado porque hace mucho que no la veo, no sé si sigue siendo igual. Aunque, seguramente...Sí

Sofía: Cuando se recupere vas a comprobar que sigue siendo la misma infumable de siempre.

Alejandro: Qué suerte la tuya, que la tenés a tu lado todos los días.

Sofía: ¿Te escuchaste lo que dijiste?

Alejandro: En realidad, nos alejamos por mi culpa.

Sofía: (se la ve más vulnerable) Decime la verdad, Ale, ¿Qué eran ustedes dos?

Alejandro: Amigos, ya te dije.

Sofía: Se nota que no, ¡Decime la verdad!.

Alejandro: (se acerca más a ella, como si quiera hablarle en secreto)
¿Es muy evidente?

Sofía: Sí, es difícil encontrar a alguien que hable así de ella.

Alejandro: En realidad, siempre fuimos amigos. Pero a mí me gustaba.

Sofía: Estabas enamorado de ella.

Alejandro: ¿Y a eso cómo lo sabés?

Sofía: Porque tiene una caja donde guarda poemas y esas cosas.

Encontré varias cartas, cuentos y poesías firmados por "A".

Alejandro: Y aún así no se daba cuenta, o sí, aunque prefería ignorarlo.

Sofía: No sé si es tan así, ella dice que por nada en el mundo hay confundir al narrador con el autor. Eso de escribir es algo que tienen en común ustedes dos, y yo creo que los unía en cierto modo. Por ahí, cuando se le viene alguna idea a la cabeza, la anota en donde sea, no importa el momento o el lugar. Siempre lleva papeles y una lapicera. Y cuando empieza a escribir, no descansa; una vez escribió una novela de un tirón, en diez horas y media.

Alejandro: Yo siempre admiré lo apasionada que es.

Sofía se levanta, se dirige a tomar la caja y la lleva hasta donde está

Alejandro.

Sofía: (emocionada) ¿Tenés ganas de abrirla? Es que hay varias cosas que me podrías explicar...

Alejandro: Vos ya la abriste, ¿no?

Sofía: Sí, obvio. Aunque mi mamá no sabe. Es que nunca le pregunté si podía revisarla, me daba miedo que diga que no.

Alejandro: (también se lo ve ilusionado) Bueno... Está bien.

Sofía: (abre la caja y para empezar, saca un libro) Mirá, este es su favorito: "La Tregua" de Mario Benedetti. Antes estaba en la biblioteca, pero después no sé por qué lo guardó.

Alejandro: Porque se lo regalé yo.

Sofía: (en un tono inocente) Me obligó a leerlo. Lo peor es cuando muere Laura, fue desgarrador para Martín, murió el amor de su vida.

Alejandro: Cambiemos de tema: hablando de Martín, ¿Cómo está tu viejo?

Sofía: Mmm dejame adivinar: fue un bajón cuando te enteraste que se iba a casar con mi mamá.

Alejandro: (se encoje de hombros) No, estaba contento por ella. Se los notaba enamorados. No te voy a negar que lloré y no lo supe afrontar al principio. Pero no soy egoísta, y él supo cuidarla y hacerla feliz.

Recuerdo que temía por ella, me preguntaba a mí mismo: ¿Y si nunca encuentra a nadie que comprenda su forma de ser? ¿Y si alguien la usa? ¿Y si se pone de novia con un tipo que no la respeta? (pausa)
Cuando conocí a Martín, me tranquilicé.

Sofía: ¿Y la tranquilidad se te va a ir cuando te diga que se mudó a España?

Alejandro: En otro momento quizás que sí... Pero ahora lo único que me preocupa es que ella salga del hospital.

Sofía: Desde esa noche, yo dormía con ella de vez en cuando.

Alejandro: ¿Por qué?

Sofía: No sé, siento que no le gusta estar sola.

Alejandro: ¿Y ahora dónde dormís?

Sofía: Todavía en su pieza.

Él pone la mano en su hombro para consolarla.

Sofía: Vamos a hacer un trato: cuando ella salga, le vas a contar todo esto. Te vas a animar.

Alejandro: No, Sofí. Hay veces que no se puede, es importante que aprendas eso.

Ella se decepciona un poco, pero se entusiasma al recordar que estaban hurgando el contenido de la caja.

Sofía: Sigamos... Mirá, acá en este cuaderno están todos los poemas, los cuentos, las obras de teatro...

Alejandro: ¿Te gustaron?

Sofía: Sí, sobre todo los poemas. Mi favorito es el titulado "La niña que llamaba a las flores por su nombre". Tiene tanta delicadeza y fragilidad...

Alejandro: Ese también es mi favorito.

Sofía: Ojalá yo pudiera escribir de la misma manera que ustedes dos. Ojalá también tuviese una caja donde acumular recuerdos.

Alejandro: (con cariño) Ya la vas a tener algún día...

Sofía: (sin creerle) Algún día... Lo que más me llama la atención es que ella no guardaba solo papeles, hay objetos también acá (retira un ramo de flores). Llegó la parte donde tenés que explicarme.

Alejandro: A esas, exactamente, se las regalé cuando aprobé un parcial para el que había estudiado bastante. Bueno, le regalé muchas más, pero estas fueron las únicas de plástico.

Sofía: Me imaginé, porque acá en esta cajita guarda las cartitas que vienen con las flores reales.

Alejandro: Sí, son todas de rosas rojas.

Sofía: Le encantan esas, qué lindo que la conocieras tanto... (sigue revisando y sacando cosas de la caja) Muchos envoltorios de chocolates... ¿Un DVD?

Alejandro: Debe ser de una peli que vimos millones de veces: "Un lugar llamado Notting Hill". No nos aburríamos nunca de verla.

Sofía: Muy buena actriz Julia Roberts

Alejandro: A ella también le encantaba, tienen eso en común.

Ella lo mira un poco disgustada por lo que dijo y él no entiende por qué.

Sofía: ¿Boletos de conciertos?

Alejandro: De los que fuimos a ver juntos.

Sofía: ¿Cómo la pasaron?

Alejandro: Fue una experiencia linda. Cele despertó sin voz al otro día.

Sofía: Se toma como diez tazas de té por día cuando le pasa eso.

Alejandro: Perdí la cuenta de cuántas le preparé.

Sofía: (sacando una taza de la caja) ¿La cuidabas cada vez que se enfermaba?

Alejandro: Sí. La abrigaba, le alcanzaba lo que necesitaba, la acompañaba al médico.

Sofía: Supongo que algunas veces, de manera egoísta, deseabas que se enfermara. Así podías pasar todo el día con ella, ¿no?, capaz te gustaba

tenerla de esa forma. Cuando alguien está vulnerable, es más fácil acercarse.

Alejandro: (medio nervioso) Tampoco era tan así.

Sofía: Dale, ¿Me vas a decir que nunca aprovechaste cuando estaba borracha?

Alejandro: Te prometo que no.

(Sofía lo mira sonriendo para darle a entender que solamente lo está molestando y saca otro objeto).

Sofía: ¿Un MP3? (lo prende y suena algún verso de una canción de los 2000)

Alejandro: Eligió todas las canciones.

Sofía: Deben ser las mismas que escucha en el auto, todavía no supera esa música antigua.

Alejandro: (riendo) Che, no somos tan viejos

Sofía: Ajá... (sigue buscando) ¿Esta pulsera?

Alejandro: Yo tenía una igual.

Sofía: ¿Y qué pasó?

Alejandro: La habré perdido hace tiempo.

Sofía: Le voy a pedir que te haga otra... Tickets para un parque de atracciones, seguro se divirtieron mucho... Yo no me animo a subirme a ningún juego.

Alejandro: Yo tampoco me animaba, ella me obligó.

Sofía: Lo imaginé. ¿Te dio vértigo? ¿Qué se siente?

Alejandro: Sí, mucho. Pero no me voy a olvidar nunca de ese día.

Sofía: (lo mira con ternura) Un álbum de fotos (lo extiende para que Ale lo tome)

Alejandro: Qué chicos, éramos nenes... Esta foto es de su cumpleaños...
En esta otra estábamos con su perrito.

Suena el teléfono de Sofí.

Sofía: (ve que la llaman desde el hospital y atiende) ¿Hola?... Sí, soy
yo, la hija...(escucha, su cara se mantiene igual) Entiendo... Sí....
Gracias.

Corta, deja el celular sobre la mesa, va hasta la cocina (puede ser
detrás de escena). Ale lee en voz alta alguno de los poemas que le
escribió o dedicó a Cele. Sofí vuelve con una botella de vino y dos
copas, le ofrece una a Alejandro.

Alejandro: No, gracias. ¿Te llamaban del hospital?

Sofía: Sí, sigue todo igual, nada nuevo.

Alejandro: Es raro... Me hubiera gustado que pasara algo.

Sofía: Hay que esperar, y esperar cansa mucho.

Alejandro: (no deja de observarla con tristeza) ¿Vas a ir hoy?

Sofía: Sí, voy todos los días, ¿Me querés acompañar?

Alejandro: No al cuarto

Sofía: Bueno...

Alejandro: ¿Vos le conversás?

Sofía: A veces sí, otras me quedo callada. Capaz por la costumbre,
porque siempre era ella la que hablaba hasta quedarse sin saliva, y yo
escuchaba.

Alejandro: Me pasaba lo mismo. Algunas veces me pedía consejos y no
sabía cómo ayudarla. Siempre fui malo para eso.

Sofía: Capaz ahora no hay que decirle nada. Pero podés verla si querés.

Alejandro: Por hoy no.

Sofía: (ansiosa) ¿Y mañana?

Alejandro: No sé. Por hoy sería conveniente que me quede acá.

Sofía: ¿Para qué?

Alejandro: Para que no estés sola cuando vuelvas. Te espero.

Sofía: Gracias, Ale.

Se levanta, tumba la botella por accidente, se impacienta.

Alejandro: Yo ahora limpio, andá tranquila.

Sofía: Gracias otra vez.

Se pone un abrigo y se dispone a salir.

Alejandro: Esperá. Si se despierta en algún momento, no le digas que estuve acá. Capaz lo mejor es que ella piense que todo sigue igual.

Sofía: Bueno, si es tu decisión, te respeto.

Alejandro: (la mira fijamente) Che, yo tenía una campera igual.

Sofía: ¿Sí?

Alejandro: Sí, se la di un día de lluvia.

Sofía: (se la saca y se fija en la etiqueta de atrás) Tiene escrita una "A".

Con razón la guardaba como una reliquia.

Ambos se sonríen.

Sofía: (le lanza la campera) Te la devuelvo.

Alejandro: (la lanza hacia Sofía nuevamente) Quedátela.

Sofía: Bueno. Nos vemos.

Sale de escena y él lee otro de los poemas. Parece que se quiebra. Se apagan las luces por unos segundos.

Cuando Sofía vuelve a entrar, Ale se encuentra recostado en el sillón.

Ella trata de caminar despacio para no despertarlo, se acerca y lo abriga con la frazada. Se dirige a su cuarto, y justo se da cuenta de que en realidad él no está dormido.

Alejandro: ¿Cele...?

Sofía: No, soy yo, Sofí.

Alejandro: Cuando entraste, deseé con todas mis fuerzas que fueras ella.

Sofía: ¡Y bueno, pero soy yo!

Alejandro: No hace falta que grites.

Sofía: Veo que no limpiaste allá.

Alejandro: No, se me pasó. Perdón...

Sofía: La próxima no digas de hacer algo si no te vas a comprometer.

Alejandro: Mirá, Sofí (saca una pulsera del bolsillo).

Sofía: (se le pasa el enojo) Al final si la tenías.

Alejandro: Sí.

Sofía: (se dirige hacia él) ¿Te acordás cuántos años tenía yo la última vez que me viste?

Alejandro: Creo que ocho. Me sorprende que no me hayas reconocido cuando abriste la puerta, porque pasábamos mucho tiempo juntos.

Jugábamos a las muñecas o mirábamos dibujitos en la tele. Te cuidaba cuando Cele y Martin salían.

Sofía: Es que era muy chica. Pero lo que sí me acuerdo es de la discusión que tuvieron ese fin de semana y del portazo que diste cuando te fuiste.

Alejandro: ¿Te acordás por qué discutíamos?

Sofía: (pensativa, tratando de recordar) No, eso no. Después ella se puso a cocinar, aunque lo odiaba. Se quedó callada un rato, y después dijo, de la nada y sin que nadie le preguntara: "Iba a pasar en algún momento. Qué raro que haya tardado tanto". En realidad tengo imágenes borrosas, pero fue algo así.

Alejandro: Yo me quedé afuera, esperando a que en algún momento abriera la puerta y me pidiera que me quedara.

(Espera una respuesta de Sofía. Ella no dice nada, solo deja que él continúe).

Alejandro: (se para, camina por el espacio). Pasaban los minutos y ella no salía. Yo caminaba de un lado a otro, con desesperación. Aunque en un momento se me ocurrió que quizás ella iba a salir cuando me calmara. Así que me senté en el cordón de la vereda, traté de respirar profundo, de contar hasta tres varias veces y seguí esperando.

Sofía: Ella no se movió de la cocina. Bueno, sí, cuando terminó de cocinar. Nos sentamos las dos a la mesa, aunque todavía era bastante temprano para comer.

Alejandro: Pensé en tocar la puerta y ser yo el que le pidiera que no me dejara ir, y no me animé. Después de dos horas me subí al auto y volví a casa.

Sofía: ¿Estás bien, Ale? No hace falta que sigamos hablando de esto.

Alejandro: Sí, estoy bien. Gracias, Sofí.

Sofía: ¿Nos mudamos a Buenos Aires por esto?

Alejandro: (duda) Lo pensé durante un tiempo. Yo volví a tu casa una semana después de eso y Cele ya estaba armando la valija. La ayudé a meter todas las cosas en cajas y le pedí disculpas. También te fui a consolar, estabas un poco triste porque ibas a extrañar a tu mejor amiga (vuelve a sentarse)

Sofía: Si es como vos decís, creo que fue algo muy egoísta de su parte.

Alejandro: (le acomoda el pelo que le tapa un poco la cara detrás del hombro o de la oreja). Capaz solo fue por trabajo, no nos hagamos la cabeza. No creo haber sido tan importante para ella.

Sofía: ¿Y entonces por qué guarda una caja con tus recuerdos?

Alejandro: No sé, porque sería una lastima tirar todo esto.

Sofía: (se detiene a mirar la pulsera que Ale aún sostiene)

Alejandro: Tomá, ¿La querés?

Sofía: (asiente con la cabeza. Él la ata en su brazo) A mí nunca me hizo una.

Alejandro: Te queda bien.

Sofía: ¿Puedo quedármela?

Alejandro: Bueno.

Un silencio que ya no se siente tan incómodo como el primero, pero que de todas formas, Ale intenta deshacer.

Alejandro: ¿Extrañás a tu mejor amiga?

Sofía: (confundida) ¿A cuál?

Alejandro: Por la que llorabas esa vez.

Sofía: (riendo) Ale, ni siquiera me acuerdo de cómo se llama.

Alejandro: Ah...

Silencio. Es como si ella buscara ese silencio, porque cuando se siente cómoda con alguien se acostumbra. A él le pasa lo mismo, solo que ahora no lo soporta.

Alejandro: La extraño...

Sofía: (queriendo hacerle sonreír) ¿A Cele o a mi mejor amiga?

Alejandro: A Cele...

Sofía: (tomándolo de las manos) ¿No tenés sueño?

Alejandro: No.

Sofía: Yo sí.

Alejandro: A veces me gustaría ser más como ella.

Sofía: A mí me gustaría ser ella (no lo dice desde la envidia, sino desde la admiración).

Alejandro: Tenés sus ojos, su carácter, su positividad...

Sofía: ¡Dejá de buscar en qué me parezco a ella! Porque la única verdad que los dos sabemos, es que no me parezco.

Alejandro: Bueno, sí, tenés razón: no te pareces a ella... (habla sin pensar. No porque sea egoísta, sino porque está sumido en la situación) Ojalá te parecieras a ella, porque desearía estar con ella en este momento.

Sofía: ¡Yo ya no sé que hacer para llamar la atención, para que al menos me miren! Vamos caminando por la calle y yo me maquillo, me peino, paso una hora eligiendo que ponerme, y la miran a ella. ¡A ella!, Que está vestida así nomás, con los pelos hechos cualquier cosa, con el rímel del día anterior que no se preocupó por despintar... (estalla la copa del vidrio contra la mesa).

Se arrepiente y se avergüenza enseguida por lo que hizo. Se dirige buscar la escoba. Ale le saca la escoba de la mano, la tira al piso y abraza a Sofí. A ella le cuesta unos segundos devolverle el abrazo. Los dos se sienten reconfortados. Se quedan callados un rato.

Sofía: ¿Siempre solés decir estás cosas?

Alejandro: Es como si ella me obligara inconscientemente a decirlas.

Sofía: (se aleja y finaliza el abrazo) Es fácil excusarte en eso. Pensé que eras un buen tipo cuando entraste.

Alejandro: (sin ese tono cariñoso) no me importa lo que pienses de mí.

Sofía: (agarra la escoba y empieza a barrer) Y lo que ella piense de vos... ¿Te importa?

Él asiente con la cabeza.

Sofía: Ahora ella no piensa nada, ni de vos, ni de mí, ni de nadie. Está inconsciente. Soy yo la que está acá, tratando de mantener conversaciones con vos, abriendo esa caja, dejando que me abracés.

Alejandro: Un día, dentro de muchos años, va a llegar un tipo a tu casa preguntando por vos. Pero ese no soy yo, yo pregunto por Cele.

Sofía: Capaz ese chico no desaparezca por tantos años. Capaz en esa mañana de sábado se anime a retractarse, tocar la puerta y pedirme que no lo deje irse.

Alejandro: Sos igual de dramática que ella.

Sofía: (tira la escoba al piso) ¡No busqués parecidos!

Alejandro: Sofí, espero de todo corazón que ese tipo no se parezca en nada a mí.

Sofía: Estuve toda la noche deseando que si algún día me pasara esto, él fuese igual a vos.

Alejandro: Yo espero que no lo sea.

Sofía: Capaz nunca pase.

Alejandro: Igual de dramática que ella...(lo repite más bajo, como para sí mismo)

Sofí trata de relajarse para no volver a gritar. Camina por el espacio mientras se acomoda el pelo y respira profundo.

Alejandro: Sofí, todavía me acuerdo del momento en que naciste. Te quise desde entonces.

Sofía: Igual de dramático que ella...

Alejandro: Todavía te quiero.

Sofía: (busca otra botella de vino y se sirve en la copa que originalmente era para Ale) Yo apenas te reconocí cuando entraste, pero voy a decir que yo también (termina la copa de un trago).

Alejandro: Bueno, algo es algo.

Sofía: ¿Por qué a ella nunca le dijiste que la querías?

Alejandro: Ella me lo decía muchas veces, pero cuando yo se lo dije no me contestó.

Sofía: (sorprendida) Ah, entonces sí se lo dijiste.

Alejandro: Sí, y no me contestó.

Sofía se queda en silencio por no saber qué contestar, ella nunca vivió una situación así.

Alejandro la rodea con el brazo en un gesto de cariño. Sofía apoya la cabeza en su hombro, un poco por lastima y, además, está muy cansada. Se duerme unos segundos mientras Ale lee otro poema.

Sofía: (despierta de golpe) Mañana vamos los dos a verla.

Alejandro: Le voy a llevar rosas rojas.

Sofía: (lo golpea con la almohada en un tono de juego) Ojalá algún día se te caiga del pedestal.

Alejandro: Pensé que eso te iba a gustar.

Sofía: Me encanta que la conozcas tanto, todo lo que le escribiste, la caja, las cosas que contás...

Silencio. Ale aprovecha para devolverle el almohadazo.

Sofía: Ale, ¿Te cuento algo?, antes del hospital, cuando vivíamos juntas, ella todas las noches se llevaba un vaso de agua distinto a la pieza, y lo dejaba ahí, no lo traía de vuelta al comedor. Después, cuando queríamos almorzar, no había más vasos.

Alejandro: (sonriendo) Eso lo hace desde siempre. Cuando yo iba a su casa, su pieza también estaba llena de vasos, tazas, platos, en algunas ocasiones. Yo le preguntaba: "¿Qué te cuesta llevar el vaso hasta la cocina y lavarlo?", pero no me escuchaba.

Sofía: A veces eso a mí me molestaba un poco.

Alejandro: No... A mí... Creo que no tanto.

Sofía: También me molestaba que fuera impuntual. Cuando tenía un acto en la escuela, por ejemplo, siempre llegaba cuando ya estaba por la mitad.

Alejandro: A veces quedábamos en encontrarnos en alguna plaza o en algún bar, y llegaba como una hora tarde. Una vez me cansé de esperarla, y me fui... Al rato me llamó, no sabés todo lo que me dijo, hasta lloró ... Bueno, en realidad, también me molestaba un poco que fuera tan desordenada: cuando además de vasos, tazas y platos, también tenía latas de gaseosa o envoltorios.

Sofía: ¿Y peleaban por eso?

Alejandro: (habla despacio y casi susurrando) Sí, muchas veces. Pero después de eso me abrazaba, y me confortaba sentir el perfume de vainilla que usaba, sentir su respiración...

Sofía había cerrado sus ojos otra vez. Los abre de golpe.

Sofía: ¿Sabés qué, Ale? Tengo muchísimo sueño... Voy a mi pieza... Descansá.

Se despiden con un beso en la mejilla.

Alejandro: descansá, Sofí.

Ella sale, Ale se recuesta y se abriga con la frazada. Se corta la luz por unos segundos.

Ya es de mañana, él preparó café y Sofí acaba de levantarse.

Sofía: ¿Cómo dormiste?

Alejandro: Bien, ¿Y vos?

Sofía: Bien...

Alejandro: Estuve pensando sobre Cele...

Sofía: (interrumpe) No, no hablemos de ella... Hablemos de nosotros.
Contame algo sobre vos.

Alejandro: No sé qué contarte, Sofi. Empezá vos

Sofía: Bueno, ¿Qué te puedo contar? Tengo diecisiete años; terminé la secundaria hace dos meses; me gusta mirar series románticas y de comedia, pero no películas; tengo dos amigas; y quiero conseguir trabajo hasta decidir que estudiar. Ahora vos...

Alejandro: Bueno... Tengo treinta y nueve años; soy profesor de literatura; me gusta mirar películas de romance y comedia, pero no series.

Sofía: ¿No te gustaría ser escritor?

Alejandro: Sí, aunque es muy complicado. Igual también disfruto de ser profe.

Sofía: ¿Te gusta más Buenos Aires o Santa Fe?

Alejandro: Conozco poco Buenos Aires, así que Santa Fe, ¿A vos?

Sofía: A mí, en realidad, me gustan los pueblitos. Hay mucha tranquilidad y no te lleva una hora ir de un lado a otro...

Alejandro: Pensé que te gustaba la ciudad...

Sofía: Estoy acostumbrada porque nací acá. Pero cuando viene mi abuela que siempre fue de pueblo, se sorprende con la vida que tenemos. Eso me hace dar cuenta que ella vive de manera más segura, con más paz...

Alejandro: Podés aprovechar y mudarte a uno ahora que ya vas a cumplir dieciocho.

Sofía: No, sola no me gustaría... Aunque podría ser con mi amiga, se llama Clara... ¿Vos vivís solo?

Alejandro: sí

Sofía: ¿No tenés amigos?

Alejandro: Sí, pero no vivo con ellos.

Sofía: No, ya sé. ¿A veces se juntan?

Alejandro: Los fines de semana, por lo general. Aunque trabajan en la escuela así que los veo todos los días.

Sofía: Yo a Clara la veía todos los días en la escuela, ahora solo los viernes cuando ella viene a cenar y se queda a dormir. Yo nunca duermo en su casa porque no puedo dormir en una casa que no sea la mía...

Alejandro: ¿Te da miedo?

Sofía: No. Es que siento que no me puedo quedar dormida, que doy vueltas toda la noche. Prefiero estar acá.

Alejandro: ¿Y tu otra amiga cómo se llama?

Sofía: Cande. A ella no la veo mucho porque ya empezó a estudiar y en el poco tiempo libre que tiene juega fútbol.

Alejandro: Mirá vos, yo también juego en mi tiempo libre.

Sofía: ¿Y sos bueno?

Alejandro: (riendo) No, soy malísimo. Me van a echar del equipo en cualquier momento.

Sofía: Mmm cuando tengas partido te voy a ir a ver.

Alejandro: (aún riendo) No, dejá. No es necesario... Vos tocabas la guitarra de chica, me acuerdo de llevarte a clase una vez. Te bajaste del auto y yo no podía parar de reírme del esfuerzo que hacías para llevar la guitarra.

Sofía: (también riendo) Todavía toco. Y si no estoy tocando, muy probablemente, estoy durmiendo.

Alejandro: Yo no soy de dormir tanto, cinco horas por día. Si tengo tiempo, prefiero mirar alguna peli.

Sofía: ¿Cuál es tu peli favorita?

Alejandro: Tengo muchas.

Sofía: ¿Y tu novela favorita?

Alejandro: También tengo bastantes.

Sofía: Elegí una.

Alejandro: Si tengo que elegir... Una de mis cinco favoritas es de la que hablábamos ayer: "La Tregua".

Sofía: Mi mamá también la tiene de favorita. Nunca entendí porque le encantaba tanto esa novela. Es muy triste.

Alejandro: Sí, es triste. ¿Querés saber qué dijo Benedetti sobre su propia novela?

Sofía: ¿Qué dijo?

Alejandro: Dijo: "El amor en la novela no es una solución definitiva para Martín, sino simplemente una tregua que le da la vida antes de devolverlo a su destino gris."

Sofía: (riendo) Me vas a deprimir.

Alejandro: Lo que a mí me gustaba, es que aunque sea por un tiempo, Martín se animó vivir. Rompió con lo gris de su rutina.

Sofía asiente con la cabeza mientras que sigue desayunando.

Alejandro: ¿Tu novela favorita?

Sofía: No tengo, no soy de leer mucho. Solo los que ella me obligó a leer.

Los dos siguen desayunando.

Sofía: Ale, la verdad es que no sé porque anoche te abrí la puerta... Por lo general, cuando tocan a la noche, me asusto un poco.

Alejandro: Capaz porque estuve como diez minutos tocando.

Sofía: Ah, sí, puede ser por eso.

Alejandro: ¿Y te asustaste cuando me viste?

Sofía: No... Yo preferiría que te vayas, pero sos tan pesado que tuve que dejarte entrar (sonríe).

Alejandro: No me arrepiento de haber insistido tanto, ¿Quién diría que iba a pasar tanto tiempo hablando con vos?

Sofía: Me gustó conocerte. Fue como conocer a un famoso... ¿Alguna vez te dijeron que le pones demasiada azúcar al café?

Alejandro: Sí, me lo han dicho... ¿También te vas a quejar de las tostadas que se me quemaron?

Sofía: Y... Se te quemaron bastantes.

Ale la golpea con cariño.

Alejandro: ¿Vas a ir al hospital?

Sofía: Sí...

Alejandro: ¿Solés salir a otro lugar que no sea el hospital?

Sofía: No, casi siempre estoy acá encerrada.

Alejandro: (se levanta, busca su abrigo y a Sofí le lanza el de ella)

Vamos a dar una vuelta... Podemos pasar a comprar unas flores si querés. Vi un puestito lindo cuando venía.

Sofía: Bueno, pero si después vamos a verla.

Alejandro: Claro, para eso son las flores... ¿Cuáles son tus favoritas?

Sofía: Mmm, cualquiera que sean amarillas.

Alejandro: Te van a venir bien para decorar... ¿Vamos?

Los dos se dirigen a la puerta.

Sofía: ¿Y si algún día se enoja porque abrimos la caja?

Alejandro: La voy a entender, y la voy a seguir queriendo igual. Nunca dejé de quererla porque se enojó.

Sofía asiente con la cabeza. Alejandro observa la casa como si le costara despedirse de ella.

Sofía: ¿Después de dar una vuelta y del hospital, volvemos acá?

Alejandro: No, después supongo que tengo que volver a Santa Fe.

Sofía: (decepcionada) Ah, ¿No te vas a quedar más tiempo?

Alejandro: No. Tengo mi trabajo, Sofí.

Sofía: Bueno, veo que no te importo mucho.

Alejandro: No digas eso. Perdoname

Sofía: Capaz algún día te puedo ir a visitar.

Alejandro: Te espero...

Sofía: (se desata la pulsera) Tomá, quiero que te la quedés. Yo ya tengo muchas cosas de ella.

Alejandro: Gracias, Sofí.

(Ale sigue observando la casa).

Sofía: ¿Vamos...Ale?

Alejandro: Vamos.

Sofía: ¿Sabes qué? Me voy a cambiar la remera, que esta es un pijama. Esperame en el auto, porfa.

Alejandro: Dale (sale de escena).

Sofía se acerca a la caja, intenta mantener la calma, pero termina volteando todo el contenido. Tira algunas cosas al piso. Toma dos o tres hojas y las rompe en pedazos. Tiene en la mano otra hoja, pero se detiene a respirar, a tratar de calmarse. Se arrepiente, pone las manos en su cabeza.

Alejandro (voz en off): Sofí, ¿Ya estás?

Guarda rápidamente todas las cosas en la caja y sale corriendo. Se apagan las luces.

